

1. SOBRE LA RECURRENTE DISTINCIÓN ENTRE MORAL Y ÉTICA EN LA CALLE Y EN LA ACADEMIA

Moral

Moral viene de la palabra latina *mos, mores*, que significa costumbre (s). Lo que llamamos moral tiene que ver, en primera instancia, con los hábitos o costumbres del ser humano. Esto no quiere decir que todas las costumbres o hábitos de los seres humanos sean morales en el sentido en que habitualmente empleamos hoy esta palabra. Si así fuera, la moral se identificaría con la antropología o con etología, o sea, con la descripción y análisis de los diferentes comportamientos o costumbres. Pero hay conductas o comportamientos amorales, no sólo en la acepción de 'inmorales' sino también en la acepción de 'extramorales'. Durante mucho tiempo se ha pensado que todas las conductas o comportamientos de los animales son de ese tipo, extramorales, y que, por tanto, sólo los comportamientos de los seres humanos (y de ellos sólo algunos) tienen una dimensión propiamente moral.

Es precisamente en las costumbres o hábitos en que acaban cuajando las conductas o comportamientos del ser humano donde aflora el problema de la moralidad. Y en este sentido seguramente la palabra griega *éthos* (de la que procede nuestra palabra *ética*), y que inicialmente significó *carácter* o *ánimo*, expresa mejor lo que queremos decir cuando decimos que tal conducta o comportamiento es moral (o inmoral).

En su origen, la delimitación de lo que es moral parece haber tenido que ver con el lugar en que habita el hombre, con la casa, con la morada, que es el espacio material de la costumbre en el caso específico de los seres humanos. Y un eco de ese origen queda todavía en nuestra consideración de lo moral como algo que está íntimamente ligado a lo doméstico, a la privacidad, a las acciones y hábitos característicos de la vida privada del ser humano. Sólo que nuestra cultura greco-judeo-cristiana nos ha impuesto intensamente un matiz importante, a saber: en la medida en que se refieren a esa peculiar cualidad de los actos humanos por la que decimos de ellos que son "buenos" o "virtuosos", moral y moralidad se presentan como nociones que se predicán de la morada interior del ser humano, remitiendo, por tanto, a su fuero interno, a la parte espiritual de su estar en mundo, a la conciencia.

En cualquier caso, sea por historia, por tradición o por convención, se suele decir que *moral* es el comportamiento o conjunto de comportamientos y normas de conducta que consideramos generalmente como válidos.

Por lo general, cuando juzgamos tal o cual conducta, comportamiento o costumbre como válida, correcta o moralmente adecuada estamos dando por supuesto dos cosas: que en el hacer algo o en el comportarse hay intención manifiesta o una cierta finalidad; y que existe algo así como una norma o criterio con respecto al cual juzgar. Cuando esta norma es aprehendida con el carácter de una exigencia de obligado cumplimiento se convierte en ley, en ley moral.

La mayoría de los componentes de lo que llamamos humanidad ha pensado (y probablemente todavía piensa si consideramos el conjunto de la población mundial) que existe algo así como una ley divina a partir de la cual decidir si esta o aquella acción o conducta es moral o inmoral, buena o mala. Y, por lo que se sabe, la mayoría de los grandes relatos religiosos a lo largo de la historia de la humanidad ha tenido, entre otras, la función de unificar criterios sobre lo que hay que considerar moralmente sano o insano, bueno o malo.

Otra forma posible de ver el asunto, sin implicar en él directamente a los dioses, es decir que la norma o criterio para juzgar moralmente está en la naturaleza de las cosas. O sea: que hay algo así como una *ley natural* también de obligado cumplimiento; que esta norma nos viene dada; y que el comportamiento o conducta inmoral es sencillamente innatural. Al menos en lo concerniente a las actividades del ser humano, que tiene alma, o espíritu, o conciencia y que, por eso, se diferencia radicalmente de los otros animales.

De esa idea se pasa muy fácilmente a esta otra: las conductas o comportamientos inmorales son animalescas. La mayor parte de las culturas campesinas que en el mundo han sido (y lo han sido casi todas) expresan metafóricamente esta otra idea llamando "halcones", "lobos", "cerdos", "cuervos", "serpientes", "leones", "zorras", etc. a los individuos o individuos de la

especie humana cuya conducta o comportamiento consideran amoral, inmoral o contraria a la ley o norma divina o natural.

Y como la mayor parte de las culturas actuales (urbanas, industriales y postindustriales) tienen abuelas y bisabuelas campesinas,¹ ese lenguaje sigue siendo todavía bastante corriente cuando se emiten juicios morales rotundos sobre, por ejemplo, la persona que practica el incesto, el aborto, el adulterio o la poliandria, así como sobre otras costumbres o hábitos (no sólo sexuales) bastante extendidos entre los humanos. Sobre estos usos lingüísticos conviene ponerse en guardia. Pues, por estimulantes que hayan sido (desde Hesíodo a Saltikov-Schedrín) las fábulas antropomorfizadoras del mundo animal, y por simpática que aún caiga la caricaturización de determinadas personas con rasgos animales o animalescos, lo cierto es que la comparación de los comportamientos de diferentes especies y la generalización a partir de ella con intención moralizadora suele conducir directamente a la selva de los tópicos (o a la sustitución de ésta por tópicos contrarios, lo que viene a ser parte de la misma noria).

Todo ello, o sea, la recurrente animalización metafórica del mundo de los humanos (siempre derivada de una antropomorfización previa del mundo de los animales) y la caricaturización de los caracteres humanos a partir de rasgos animalescos, da lugar a muchos malentendidos y a veces simplifica de forma drástica el ámbito de lo moral. El castellano tiene una palabra que recoge bien los dos rasgos principales de estas operaciones. Esa palabra es ‘**moraleja**’. La cual expresa la simpatía que suscita en el oyente o en el lector la aproximación de dos mundos entre los que tendemos a considerar que hay un corte ontológico y, por otra parte, el carácter simplificador de tal operación intelectual respecto de la reflexión moral propiamente dicha.

Moral y ética

El lenguaje corriente u ordinario no distingue entre los términos ‘moral’ y ‘ética’. En la vida cotidiana usamos ambos, indistintamente, para referirnos a conductas y comportamientos del ser humano. Y también para referirnos a las normas por las que se rigen éstos. Por su etimología (*mores* y *êthos*, respectivamente), ambos términos hacen referencia al comportamiento o conducta del ser humano conectado a las costumbres, a los hábitos y al carácter de los individuos, aunque con la diferencia de matiz que antes se ha dicho. En el griego antiguo existían dos palabras, *êthos* y *éthos*, cuyos sentidos, aunque mutuamente vinculados, no son del todo equivalentes: *êthos* se puede traducir por ‘carácter’, mientras que *éthos* tiene el sentido de ‘hábito’.

Decimos, por ejemplo, que tal o cual conducta o comportamiento es moral o inmoral, ético o contrario a la ética, queriendo significar que es “bueno” o “malo”, de acuerdo con un determinado código o conjunto de normas que compartimos con los más próximos o que consideramos generalmente aceptadas. Y, tanto si usamos una palabra como la otra, tendemos a suponer en la mayoría de los casos que este código o conjunto de normas es, o puede ser, universal, o sea, compartido por todos y cada uno de los miembros de la especie humana, con independencia de las diferencias culturales.

Pero desde un punto de vista técnico-filosófico las palabras ‘moral’ y ‘ética’ no tienen idéntico significado. La filosofía ha sido siempre un serio juego lingüístico y en él los filósofos distinguen y matizan el lenguaje cotidiano u ordinario. Esto no lo hacen los filósofos necesariamente por llevar la contraria al vulgo, por incordiar o por crear una jerga especializada. Lo hacen también (y ésta es la parte seria del juego) por mor de la precisión y de la claridad, para que todos podamos entendernos mejor.

Se entiende así, en la filosofía académica, que moral es el conjunto de comportamientos y normas que solemos aceptar como válidos; y que ética es la reflexión sobre por qué los consideramos válidos, lo cual incluye la comparación con otras morales que tienen personas diferentes. Según esta distinción, lo moral o la moral es el objeto de la ética. La ética hace tema de lo moral, lo tematiza reflexionando sobre ello. Por eso se suele decir que, hablando con propiedad, la ética es la filosofía moral o disciplina filosófica que estudia las reglas morales y su

fundamentación. O también: la ética es la teoría (el saber o ciencia, entendida en un sentido amplio) del comportamiento moral de los hombres en sociedad.

Casi siempre que se da una importancia superior a una entidad o un conocimiento es habitual recurrir a la mayúscula. Por eso hubo un tiempo en el que la colección, descripción o análisis de las acciones virtuosas y de las normas o mandamientos morales se escribía siempre así: Moral. Con el repensamiento, no siempre explícito, de que moral no había más que una para todos. Muchos manuales publicados en la España de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX son todavía testimonio de ese uso. Pero como el sustantivo *moral* (no tanto el adjetivo) ha ido perdiendo con el tiempo el prestigio social que tuvo en el pasado (por el desagrado que producen en las gentes el moralismo y la moralina), lo que hoy suele escribirse con la consabida mayúscula es Ética.

No entraremos aquí en el análisis y descripción de los distintos tipos de éticas que los filósofos han elaborado a lo largo de la historia, ni tampoco en la descripción de las éticas contemporáneas.ⁱⁱ Por el momento basta con saber a este respecto un par de cosas.

Primera: que ha habido casi tantas éticas o filosofías morales como morales propiamente dichas y no hay acuerdo entre los filósofos sobre cuál sea la mejor manera de fundamentar las reglas morales.ⁱⁱⁱ

Segunda: que en lo que hace a la reflexión moral y/o ética, los filósofos suelen distinguir varios niveles: *a)* la reflexión moral, entendiendo por tal la que atiende a preguntas del tipo: "¿debo hacer X"?; *b)* la ética normativa, que es la reflexión que se plantea preguntas del tipo "¿por qué debo hacer X"?; *c)* la metaética, que es la reflexión de segundo grado sobre las grandes palabras de la ética ('bueno', 'bondad', 'virtud') y que versa, por tanto, sobre preguntas del tipo "¿está bien planteada la pregunta anterior?" o "¿por qué lo está o deja de estarlo?"; *d)* la ética descriptiva, que es la que se plantea preguntas del tipo siguiente "¿cree A que debe hacer X?" (donde A puede ser un agente individual, un pueblo, una cultura, un grupo religioso, etc.).

Las preguntas de tipo *a* solicitan un consejo; las de tipo *b* piden justificación; las de tipo *c* demandan aclaraciones sobre significados y usos de los términos normativos; y las de tipo *d* reclaman informaciones descriptivas.^{iv}

El hecho de que el uso filosófico de los términos 'moral' y 'ética' no coincida con el uso corriente plantea un primer problema: ¿debemos utilizar en este contexto las palabras *moral* y *ética* como las usa la mayoría de gente, esto es, como equivalentes, o más bien debemos aceptar la diferenciación entre moral y ética establecida por los filósofos y luego atenernos a un punto de vista meramente descriptivo de las filosofías morales existentes? ¿o más bien nos conviene apuntarnos a una determinada corriente (eudaimonismo, hedonismo, utilitarismo, contractualismo, existencialismo, marxismo, ética discursiva, etc.) de filosofía moral en el mundo contemporáneo y luego abordar los problemas prácticos desde ella?

Tratando de problemas éticos la decisión sobre este punto es importante. Y más en un contexto en el que no hay que dar por supuesto que todos o la mayoría de los interesados desean dedicarse a la filosofía en un sentido técnico o profesional. Propongo, por tanto, adoptar como criterio el siguiente: usar las palabras 'moral' y 'ética' como las usa la mayoría (para evitar, entre otras cosas, la pedantería y la jerga especializada), pero atenerse, cuando haga falta, a algunas precisiones sobre los conceptos que se expresan en estas palabras y que han sido aportadas por la minoría, en este caso, por la minoría que representan los filósofos.^v Y no dar por supuesta tampoco, al menos de entrada, la adscripción de nadie a una determinada corriente ética en particular para así favorecer la argumentación y el diálogo.

Dicho eso, podemos tratar de precisar un poco más.

El comportamiento moral de tal o cual persona no depende ni se sigue de los discursos o estudios que circulan con el nombre de moral. Esto se sabe desde antiguo. "Los discursos éticos

—decía Aristóteles— no tienen eficacia más que sobre las almas bien nacidas". Esto se ha repetido tanto, por activa y por pasiva, que es ya una obviedad. No valdría la pena referirse a ello si no fuera porque a veces mostrar lo obvio equivale a clarificar el propio punto de vista. Albert Camus dio un paso más y dijo una vez, en *El mito de Sísifo*, que no se puede disertar sobre la moral. Quería decir que él, como todos nosotros, había visto a personas "obrar mal con mucha moral" y había comprobado en más de una ocasión que la honradez no necesita reglas. Algo parecido, y tal vez con más enjundia, le hizo decir Robert Musil a uno de los personajes de su novela *El hombre sin propiedades*:

La tesis de que un gran consumo de jabón demuestra una especial limpieza no es aplicable a la moral, donde es más justa la otra proposición: que una exagerada manía de lavarse no indica una conciencia muy limpia. Sería un experimento interesante limitar el uso de la moral (de cualquier clase que sea). Contentarse con ser moral en casos excepcionales, cuando sea aconsejable; en todo lo demás, considerar el propio obrar como la necesaria estandarización de tornillos y lapiceros. Es cierto que entonces no se darían muchas cosas buenas, pero sí algunas mejores.

Pero incluso afirmaciones como éstas de Camus o Musil son también reflexiones morales, de modo que, al recoger ese punto de vista, no han de entenderse como una llamada al inmoralismo sino más bien como una crítica a la hipocresía que suele acompañar el hablar a todas horas de moral. De hecho, Camus y Musil, aunque no suelen aparecer en los manuales de historia de la ética, sí están considerados como filósofos morales (aunque no en el sentido técnico).

En tanto que reflexión sobre lo moral, la ética empieza propiamente con tres preguntas elementales pero serias:

1. ¿Quiénes somos "nosotros" para llamar "moral" al comportamiento o conjunto de comportamientos y normas de conducta que consideramos como válidos?
2. ¿Por qué consideramos generalmente válidos nuestros comportamientos? ¿Tenemos acaso razones, y de qué tipo, para fundamentar nuestra jerarquía de valores en comparación con las de otros?
3. Si no hubiera (es un suponer) ley divina o ley natural ¿nos comportaríamos como nos comportamos y seguiríamos llamando "moral" nuestro comportamiento? ¿Qué pasa con los que tienen otros dioses u otro concepto de lo que es natural distintos de los nuestros?

Precisamente porque la ética empieza parándose a pensar (filosofando) sobre preguntas como éstas se puede decir que es básicamente teoría o reflexión sobre las conductas, comportamientos y normas morales del ser humano. Y así se justifica la distinción que establecen los filósofos entre los términos 'moral' (objeto de la reflexión) y 'ética' (reflexión sobre el mundo de lo moral).

Ahora bien, si está justificado llamar ética a toda reflexión (más o menos filosófica, sistemática o teórica) sobre los comportamientos morales, sobre lo que consideramos bueno o malo, virtuoso o malvado, sobre la manera de fundamentar las preferencias valorativas, etc., también es verdad, a poco que se piense, que ya la respuesta a las tres preguntas elementales enunciadas en este punto puede ser (y de hecho ha sido) bastante diferente. Por tanto, la reflexión ética previsiblemente desembocará en distintas éticas (así, en plural).

Decir que hay distintas éticas no equivale a afirmar el relativismo *moral*, o sea, a decir que, como hay muchas opiniones sobre esto, "todo vale", "todo es según el color del cristal con que se mira" o "todo depende de la cultura, tradición o cosmovisión en que se esté". En absoluto. Cuando se dice que hay distintas éticas (o reflexiones más o menos filosóficas sobre el por qué de nuestros criterios morales) lo que se quiere decir es una de estas dos cosas:

1. Que también la reflexión ética (como las costumbres y hábitos de las personas, que son su objeto) está afectada por las diferencias entre culturas;

2. Que dentro de una misma cultura (en el sentido antropológico de la palabra) hay diferentes criterios tanto a la hora de fundamentar las normas morales como a la hora de establecer cuáles son los valores morales preferentes (si la felicidad en general, o la virtud, o el amor al prójimo, o el placer individual, o la mediocridad, o el ideal incondicionado, o la utilidad, o la libertad, o el beneficio personal, o el altruismo, o la armonía interior, o la docta ignorancia...).

Reconocer lo que se dice en 1 y, por tanto, admitir cierto relativismo cultural, no implica, sin más, negar la posibilidad de comparar entre lo que las distintas culturas tienden a considerar bueno, valioso o virtuoso. Ocurre, además, que en las diferentes culturas es habitual formular juicios imperativos o prohibiciones acerca de lo que se debe o no se debe hacer sin pararse a pensar en los principios o normas que tales juicios suponen, o sea, sin tematizarlos o preguntarse por su fundamento. Esto parece implicar que por debajo del relativismo cultural y por debajo de las distintas éticas elaboradas por los filósofos hay en las distintas culturas una cierta conciencia del deber. Y si se entiende por conciencia del deber la necesidad de sujetarse a ciertos imperativos u obligaciones para ordenar los actos o conductas de nuestra vida entonces se puede concluir que la conciencia del deber es universal.

Que el reconocimiento de la diversidad cultural y, por tanto, del carácter relativo de las conductas o comportamientos humanos no implica, sin más, relativismo moral es algo que se puede argumentar bien en el marco de la historia de las ideas. Bartolomé de las Casas y Michael de Montaigne, que han sido dos de los más importantes descubridores del relativismo cultural en los orígenes de la modernidad europea, no fueron, sin embargo, relativistas morales sino más bien universalistas: explicaron, aceptaron y comprendieron la diferencia de costumbres; criticaron el fundamentalismo o esencialismo de la propia cultura allí donde ésta despreciaba o minusvaloraba tales o cuales hábitos de las otras culturas, pero, al mismo tiempo, afirmaron que el reconocimiento de la diferencia cultural no equivalía a negar la posibilidad de argumentar racionalmente en favor del universalismo.

Así, pues, relativismo cultural no es lo mismo que relativismo moral. Entre relativismo y universalismo ético hay varias opciones intermedias. Y buena parte de las controversias ético-políticas en la actualidad se mueven en ese campo. Un buen ejemplo contemporáneo de que la admisión del relativismo cultural no conduce necesariamente al relativismo moral es la obra del palestino-norteamericano Edward Said.^{vi}

Reconocer lo que se dice en 2, o sea, que hay o puede haber distintas éticas en el marco de una misma cultura o de culturas próximas (éticas eudaimonistas, hedonistas, idealistas, utilitaristas, contractualistas, comunitaristas, etc.) tampoco implica necesariamente deslizarse hacia el relativismo ético. Partiendo de ese reconocimiento se puede proponer, normativamente, una ética universalista fundamentalista, una ética moderadamente universalista, una ética del diálogo o comunicativa, etcétera. Un ejemplo de esto puede ser la reivindicación de una “ética mundial” que ha venido haciendo en los últimos años el teólogo Hans Küng.

Sí implica, en cambio, la necesidad de una discusión particularizada sobre qué queremos decir cuando decimos, en el marco de nuestra cultura, que moral es el conjunto de comportamientos *generalmente* considerados válidos.

Y parece sensato concluir de todo lo dicho hasta ahora que la reflexión ética en el mundo contemporáneo debería reconocer la existencia de éticas diferentes y propiciar la comparación y el diálogo entre ellas atendiendo a las diferencias culturales y de concepción del mundo (religiosas o laicas) que las inspiran.

Propiciar la comparación y el diálogo entre éticas no tiene por qué implicar tampoco eclecticismo o sea, mezcla o superposición de éticas de diversa procedencia. La intención de la perspectiva comparatista en ética es prospectar si, en la época de la globalización y del multiculturalismo, que se dice, realmente entendemos en la misma acepción, en el mismo

sentido, términos clave de la reflexión ética como ‘veracidad’, ‘bondad’, ‘virtud’, ‘dignidad’, ‘felicidad’, ‘justicia’, ‘equidad’, etcétera.

Vamos a suponer aquí que Verdad, Bondad, Virtud, Dignidad, Felicidad, Justicia y Equidad son señoras a las que hay que tratar bien, con el debido respeto. Y no porque lo diga el “Manual de las buenas costumbres”, sino porque las queremos.

ⁱ John Berger, *Puerca tierra*, Alfaguara, Madrid, 1993.

ⁱⁱ Remito aquí a Victoria Camps (ed.), *Historia de la ética*, y particularmente el volumen 3 de esa obra: *La ética contemporánea*, Crítica, Barcelona, 1989 (que pasa revista al pragmatismo americano, a la ética analítica, a la ética de los valores, al existencialismo, a la Escuela de Frankfurt, a la ética discursiva, al neocontractualismo de Rawls, al naturalismo, etc.). También se puede ver: Carlos Gómez (ed.), *Doce textos fundamentales de la Ética del siglo XX*, Alianza Editorial, Madrid, 2002.

ⁱⁱⁱ El lector que quiera profundizar acerca de estas diferencias puede leer alguno de los siguientes libros: J. L. Aranguren, *Ética*, en *Obras completas*, Trotta, Madrid, 1995; A. Sánchez Vázquez, *Ética*, Crítica, Barcelona, 1978; N. Bilbeny, *Aproximación a la ética*, Ariel, Barcelona, 1992; E. Guisán, *Introducción a la ética*, Cátedra, Madrid, 1995.

^{iv} Ricardo Maliandi, *Ética: conceptos y problemas*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 1994.

^v Para el caso específico de la ética un buen ejemplo de que este criterio puede dar resultados interesantes es el ensayo de Fernando Savater, *Ética para Amador*, Ariel, Barcelona, 1991, donde, a sabiendas de la diferencia técnica entre moral y ética, el autor decide emplear ambas palabras como equivalentes para mejor comunicar a todos el propio punto de vista.

^{vi} Véase: *Orientalismo*. Ediciones Libertarias, Madrid, 1984, y *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Barcelona, 1998.